



## La crisis que faltaba

José Eugenio Castañeda E.

**E**n el Valle de México estamos viviendo un verano ciertamente atípico. En las últimas semanas más allá de un par de aguaceros que provocaron algunos charcos en pocas áreas de la ciudad, la lluvia no ha llegado como es costumbre.

Quienes nacimos aquí, identificamos los meses de junio y julio, junto con agosto y septiembre, como la plena temporada de tormentas e inundaciones. Es la época en que se forman el mayor número de huracanes tanto en el Pacífico como en el Caribe y el Golfo de México, que dejan grandes caudales de agua y que muchas veces provocan graves desbordamientos, daños materiales y pérdidas humanas.

Comúnmente, el efecto de tales fenómenos naturales se deja sentir también en la zona central del país y suele impactar en la zona metropolitana del Distrito Federal, pero este año ha sido hasta ahora muy diferente.

Para sumarse a las crisis que de por sí no han dejado de golpearnos, como son la económica, que le ha pegado a

México mucho más allá del resfriado que anticipaba Carstens; la generada por el virus de la influenza,

que ha golpeado gravemente a la industria turística, y la derivada de la inseguridad y el ambiente de violencia que se vive en la mayor parte del territo-

rio nacional, nos ha llegado la provocada por la falta de agua.

Las presas que surten del líquido vital al Distrito Federal y a la mayor parte de los municipios del Estado de México, están en el nivel más bajo de los últimos cuarenta años y la ola de calor se ha dejado sentir con mucha más fuerza que nunca, llegando en algunas ciudades a rebasar los cuarenta grados centígrados.

La lluvia no llega tampoco a estas zonas y el racionamiento del agua que comenzó hace algunos meses —en la que suele ser normalmente la temporada de estiaje—, no sólo se ha extendido sino que se está tornando cada vez más estricta y, por ende, más grave y angustiante.

Los habitantes de la zona metropolitana del Valle de México, dependemos principalmente del suministro que llega del denominado sistema Cutzamala, el cual es una compleja y costosa red de

acueductos y plantas potabilizadoras que nace en los límites de Michoacán y el Estado de México, junto a localidades que, paradójicamente, no tienen agua ni drenaje como es el caso de Villa Victoria en el Estado de México.

Los mantos acuíferos de nuestro valle fueron sobreexplotados por décadas y el crecimiento de las superficies asfaltadas en la mancha urbana y la falta de otras medidas de previsión ha impedido su recarga.

Para colmo, el agua se sigue desperdiciando de manera infame, a pesar de tantas campañas para su cuidado y conservación. Durante años también, el costo por gozar de la comodidad de abrir la llave y disfrutar del líquido fue ridículamente bajo y eso también dificultó que se hicieran mayores inversiones en infraestructura, propiciándose también que al ser un recurso tan barato no se le diera



impulso a la cultura que busca crear conciencia sobre la gravedad que puede implicar su escasez.

Hay quien ha dicho que la falta de agua será causante de guerras en un futuro no muy lejano, y esto que suena exagerado, es quizá más probable de lo que pensamos.

La realidad nos ha alcanzado, no sabemos si también como efecto del tan mentado calentamiento global del planeta o de

circunstancias meramente casuales, pero el hecho es que hay poca agua y no está lloviendo lo suficiente.

El gobierno está haciendo lo que puede y sin duda hace bien al racionalizarla, pero so-

mos nosotros los ciudadanos los que de una vez por todas debemos tomar conciencia de la gravedad del problema y actuar

en consecuencia.

Ahorrar agua es im-

perativo para todos, desperdiciarla es un crimen y si las esperadas lluvias no llegan pronto a llenar las presas, estaremos viviendo tiempos de una crisis insólita que afectará en forma directa nuestra vida diaria.

Quizás dentro de todo haya algo bueno en esto, pues como dice el dicho: nadie sabe realmente el valor de lo que tiene hasta que deja de tenerlo, y la lección, aunque sea dura, seguramente nos obligará a reaccionar positivamente.

Sin ánimo de sonar catastrofista, es urgente que nos preparemos a enfrentar el problema, pero lo es más que generemos una conciencia social y personal sobre la importancia y gravedad de la situación

con vistas al futuro.

Si realmente, como se ha dicho, las crisis son sinónimo de oportunidades, no perdamos ésta. Sin agua no hay vida, no lo olvidemos.

**Aquí nos vemos, yo voy derecho...**

